

Juan Cameron poeta porteño

Uno debiera andarse con mucho cuidado con los poetas de cualquier porte, cuanto más con los jóvenes.

Toda poesía joven es siempre un tren en marcha y el dedo que desde el andén cree mostrar una ventanilla, está apuntando a otra.

Así, si indico esto o aquello que llama mi atención ¿corresponde realmente a la poesía de Juan Cameron, o sólo a su último libro, o al anterior, o al que leí hace más de diez años cuando este poeta era Claudio Zamorano? ⁽¹⁾

Sus poemas coloquiales, epigramáticos, me parecían entonces —ateniéndome a un amarillento recorte de prensa— “provenir de una sola idea-moscadón zumbando en torno al poeta que lanza su palabra-manotazo...”

Aquel ¡zas! lo veo perfeccionarse, más certero, en su obra posterior, aunque ahora que ya no soy campesino se me figure frenada en seco, perilla de encendido instantáneo, puerta automática que se abre y cierra en la medida que el lector se abra o cierre al texto. Porque, como hombre de su tiempo, Juan Cameron escribe una poesía que cada vez cuenta más con la complicidad del lector. Para decirlo en una fórmula:

$$PH = T + C \times L:$$

poesía de hoy es igual a texto más contexto multiplicado por lectura.

Ni hablar que esto es tan antojadizo e inexacto como cualquier otra fórmula poética de moda, pero como aquéllas, suena bien.

Se me dirá que toda poesía apeló siempre al lector. Diré que sí, que desde luego, que etc. Pero a diferencia del tradicional lector intérprete, por virtuoso que éste sea, el lector cómplice, coautor de la poesía de hoy —y estoy hablando de un largo hoy que durará hasta que por fin sea mañana— debe a menudo terminar dentro de sí un texto que “razones de inseguridad” recomiendan no establecer en la página:

FE DE RATAS

Donde dice amor no debe decir absolutamente nada basta con las manchas olvidadas por tu lecho
Donde dice libertad léase justicia
léase calor musmo ángel de la guarda
líbrame de las balas locas
Donde dice orden léase hijos de la grandísima
pero léase en la clandestinidad
léase debajo de un crepúsculo
porque el tipógrafo
es un tipo con santos en la corte. ⁽²⁾

Este breve poema al que yo extirparía el segundo verso, limitante, me parece punto menos que **Arte poética** de todo un sector de la joven poesía actual. Donde el poeta dice una cosa, el lector debe leer otra. El poema no dice nada antes de aplicar la fórmula multiplicadora de la lectura.

Hablo de un sector y no es que esté a destiempo haciéndome sectario justo cuando comienza el diálogo... Caracterizando las **TENDENCIAS LITERARIAS EMERGENTES**, Carlos Cociña, ⁽³⁾ un representante de ellas, ve por lo menos dos líneas.

“...La primera tendencia es aquella que entronca directamente con un tipo de obra que busca una relación directa entre obra y vida... “...En estos casos, la reflexión sobre el lenguaje no es considerada importante...”

La otra tendencia “podría definirse como marcada, fundamentalmente, por una reflexión sobre el propio quehacer y, por ende, del lenguaje y todas las instancias comunicativas”. Eso —sigue Cociña— “lleva a concebir las obras como totalidades, tanto en su coherencia interna como la relación con la gráfica y el libro, en tanto objeto de comunicación”.

De acuerdo al esquema del “documento de trabajo” que venimos citando, el breve poema reproducido —y la poesía de Cameron con él— aparecerán como un puente



**Obra de Guillermo Torres Orrego:
“Jinete con caballo
equilibrista”**

entre esas tendencias **vivencial y reflexiva** —para llamarlas de algún modo que no rompa su propia nomenclatura. La reflexión sobre el lenguaje— profunda al punto que de ella surge el texto— no se hace discurso sino el lenguaje mismo. (Por otra parte, sería mezquino considerar sólo “anécdota” la ironía lingüística —no ironía sobre la lingüística— en el poema a Lucho Gatica que Cameron leyó en este recital).

Si ahora miramos hacia atrás, hacia lo que sería una generación anterior a la **emergente** (¿la llamaremos “de agua al cuello”, sólo por seguir el líquido simbolismo propuesto?) Juan Cameron es también paso fronterizo.

Un trasfondo nostálgico lo ata fuertemente a lo que por el tiempo de los “Encuentros de poesía joven”, 1965-1971, dio en llamarse “poesía lórica”:

“La revista liceana tiene los años de nuestros hijos mayores...”⁽⁴⁾

pero con un tonillo irónico desacralizador del lenguaje que caracterizaba a la otra “tendencia” joven de entonces:

“tiempos aquellos del balón florido”

(¿Me negarán, de paso, la reflexión sobre el lenguaje que supone este verso de fuerte resonancia del siglo de oro español?).

Esta veta se enriquece cuando, de acuerdo a su Premio Rudyard Kipling y a su aire porteño de corsario, Cameron suspira nostalgias europeas, recuerdos de la memoria de su apellido con que naciera en Valparaíso en 1947.

Como poeta nace también por allí cerca, junto al Café Cinema de Viña del Mar, junto a Raúl Zurita, Juan Luis Martínez y otros.

Ha publicado cinco libros; como jurado del Concurso Gabriela Mistral me correspondió conocerle por lo menos otros dos inéditos, uno de los cuales obtuvo el Primer Premio.

Pienso que es un poeta que merece mucho más atención de la que ciertos círculos le dan dentro de la poesía emergente. Tal vez contribuya a eso que carece totalmente de la visión del libro como “objeto de comunicación” y publica a lo que buenamente disponen tipógrafos y prensistas. Más que abulia, creo que corresponde a una valoración juglaresca de la palabra viva. Es una explicación, no una justificación.

Creo que, como la casa del hombre, el libro en que vive el poema debe dar algo más que protección y abrigo. Por otra parte, construcción, objeto ni estructura alguna ocupará el sitio que en el ordenamiento universal del que no puede escapar el arte, corresponda a la pura y simple y conmovedora palabra humana, cuya custodia le fue confiada o se atribuyó el poeta.

FLORIDOR PEREZ